





UNA FRATERNIDAD DE SANGRE

## en una época

podía hablarse del problema de la tradición intelectual y cultural, una de las raíces más difíciles de extraer de cualquier escritor del mundo y de la de sus creencias y elusivas.

En Nicolás Suescún el creador no cede al eguido crítico. Para él tampoco existe una literatura coherente, manteniéndose en un flujo y reflujo cultural continuada y dinámica, pero, los doce cuentos que selecciona son como verdes islas, auténticas inversiones del alma, quisieras soltarlas, volarías, pero he llamas, pero he llamas, la autora original de El retorno a casa, como me ocurrió antes con Esta mañana del mundo de Collozales como las de Suescún. Luego, a comprobaciones que desmenten tanto las tesis de Collozales como las de Suescún. Pienso, contra lo que existe ya un escandalo: creador —temático, estilístico, estructural— de la nueva literatura colombiana, un proceso en formación, rico e inventivo, al cual pertenecen incluso los primeros libros de García Márquez pero del cual debe eliminarse, y urgentemente, los Cien años de soledad que pertenecen a otro orden del continente, y puede crear más datos que beneficios a los creadores nuevos aunque llenen de regocijo a los lectores que nunca leyeron una obra latinoamericana.

Por lo tanto esta colección de cuentos de Suescún, lejos de ser otro ejemplo de un no arte, apunta a una situación específica de una cultura: la aroz parálisis de una sociedad que ha decidido momificar, morir en vida, en ese teatro de lo aparental y lo irreal que es Bogotá, y que tiene ese día, como en un mundo de parálisis contada en pueblecitos de la costa por García Márquez. Estos jóvenes escritores colombianos han venido articulando un mundo que desde la sordidez, el inmovilismo y la agresión oníptica de la tríptica composición de más allá, sólo se entabalanca como en este volumen de Suescún, por el chirriar de dientes del sarcasmo, el cual nunca excede el tono, una comedia que se gana de la que hasta ahora no han sabido desprenderse.

Nicolás Suescún ha vivido mucho tiempo en el extranjero: largas estadas en Estados Unidos y Francia. La pieza maestra del volumen se llama "El retorno a casa" y da título al conjunto, así como sentido. Es un cuento de primera línea, así como el retorno a la casa materna de un profesor de literatura en Heidelberg, como quien dice un colombiano que ha hecho mundo y ha vuelto a casa, a una estructura en la que las cosas que siempre pasan sobre esas tierras desde los banqueros de Carlos V y esa hora, desde el momento en que se comportan como en el seno más cálido del mundo nacional y familiar. El cuento muestra el adelantamiento del personaje, su jeta y chirriante incorporación al más fértil delicio de la descripción, como si fuera sólo imaginado por Ghelderode. La aceptación de la parálisis, de la oscura sujeción a los que crees que son meramente la insensibilidad riendo la autoridad, por último la abyección de no ser tal como su madre, como un hijo que cree como los desesos sexuales perseguidos, como la casa en ruinas, como el país delirante.

Este cuento es el test que busca a lo largo de una lectura que fue muchas veces insatisfactoria: aquí sí hay un escritor de verdad original, está el diseño de una nueva tierra baldía.

### AL FIN UNA SALUDABLE VANIDAD

Cada ser humano tiene sus fobias. Yo confieso la salud de la vanidad, la más ínfima muestra de la vanidad de los escritores. Cuando les oigo reafirmar en las cartas que, van a cosas que son genuinamente que han escrito y en las mal boberías con que se van a porfiramente la vanidad, mi espontáneo deseo sería desearles esas cosas en las barrigas. Y digo en las barrigas porque tengo el miedo de la poquead intelectual sino además el reflejo de un medio estrecho y místico donde no hay espacio que no tenga serias aspiraciones a la inmortalidad.

Pero en cambio, qué alegría y qué regocijo vital cuando a cambio de los estrépitos patrios que me alcanza la vanidad frenética, la juventud locamente autobiográfica de Nicolás Suescún. Acabo de leer con invariable felicidad sus Cuentos completos, que ha publicado Tiempo Con-

temporáneo, y que lejos de ser un volumen de cuentos más o menos terminados y ordenados es un conjunto rico de prosas, comentarios, bocetos literarios, diatribas, libelos y fragmentos narrativos que rotan todos en torno del autor, sin una sola distracción. Es Mailler, ordenado con el editor de "The Review" porque han dado a comentar un libro suyo a un crítico enemigo después que él les hizo el inmenso favor de comentar el inconvertible libro de la Mary McCarthy El grupo: es Mailler pelando papas en el frente militar japonés en una nueva formulación de la rítmica participación de la contienda: es Mailler luchando una infinita noche para vencer la fugacidad de una joven intelectual del Village, prodigándose a un momento en ausencia y todo en vano: es Mailler reconstruyendo otra vez, pero ahora con depósitos gastados e inertes, retóricos, aquella historia única que fueron Los desnudos y los muertos; es Mailler bebiendo con sus amigos, pelando, buscando mujeres para cada noche, viliendo al mundo, al gobierno, al país.

Imposible escribir un libro más vanidoso. Y sin embargo, no. Todos conocemos bien la vida de Mailler, sus intentos homicidas, sus riñas, sus extraliterarios proyectos, ese modo de ocupar los titulares diciendo del prójimo lo que piensa que es su grave. Su gran literatura es la expresión de una totalidad vital que ni el psicoanálisis ni la sociedad del consumo ni los formalismos de su país han logrado enbridar. El está en ese desafío del vivir y también en las críticas que se dirige a sí mismo imitando socorramente a sus tenaces críticos. No sabe otra cosa que contarse, pero creo que está muy lejos de admirarse: más bien se observa como a un animal no seriado, hurga su pelambra, revisa sus parásitos, hace experiencias con sus órganos sexuales para ver como funcionan, se pregunta con desconcielo si sabe escribir y si eso de escribir sirve para algo. Es un americano, feo que gusta del autorretrato como Rembrandt: seguramente habrá allí alguna inclinación masoquista pero es raro que por ello vaya a acostarse en el sofá verde. Siempre es más divertido escribir y volver a verificar a pleno pulmón.

### CORTÁZAR INTERPRETA A FELISBERTO

Cuando programé la edición de obras completas de Felisberto Hernández, le propuse a Julio Cortázar que escribiera la presentación. La respuesta, más o menos, luego de reconocerse las ya conocidas admiraciones, pero, hermano, hay cosas que a uno deben salirle, no se sabe cuándo ni es bueno preguntar de dónde.

Conozco su admiración por el maestro Hernández y aun diría que por un tiempo parecería ocultarla como una fraternidad demasiado de sangre. Ahora, en uno de los textos de Último rango, su último y guillotinado libro, encuentro un largo y brillante artículo donde explica la lluvia de analogías que acompañaron insistentemente la creación de 62, modelo para armar y que toralmente no dejó entrar, pero aunque fue obvio que lo corroboraron y aun lo colorearon desde fuera.

Uno de los meteoritos resulta ser nuestro Felisberto Hernández, de quien dice: "Pero exactamente entonces, por supuesto, tenía que lle-

garne a las manos un texto de Felisberto que no conocía (estos uruguayos esconden sus mejores cosas) y en él un programa de trabajo que vendría a darnme la razón en la hora de la más extrema duda. «No creo que solamente deba escribir lo que sé», decía Felisberto, «sino también lo otro». Frente a una narración en la que una ruptura de todo puente lógico y sobre todo psicológico había sido condición previa de la experiencia, frente a un tanteo muchas veces desoaxipante por la renuncia deliberada a los puntos de apoyo convencionales del género, la sentencia de Felisberto me llegaba como una mano alcanzándome el primer mate amargo de la amistad, bajo las glicinas. Comprendí que teníamos razón, que había que seguir adelantándose. Porque «lo otro», ¿quién lo conoce? Ni el novelista ni el lector, con la diferencia que el novelista adelantado es aquel que entré las puertas entre lo sabido y lo otro, porque en su futuro se detendrán tanteando los cerros y buscando el paso. Su tarea es la de alcanzar el límite entre lo sabido y lo otro, porque en eso hay un comienzo de trascendencia. El misterio no se escribe con mayúscula como lo mismo tanto narradores, sino que está siempre entre interaccionalmente.

Todo el texto es otra de las justificaciones del experimentalismo cortazariano, pero, además, para nosotros, lectores habituados a Hernández, es una página definidora de su arte. Justamente esa actitud de forzar situaciones intersticiales, rompiendo el código aceptado a la bisbeada de ¿qué? extraños y muy vulgares materiales que de golpe resultan llamados inexplicablemente por el relato, ese no es sino el sistema habitual que desde siempre puso en práctica Hernández, es la originalidad de su arte por la cual no podía ser sino rechazado por la linealidad racional, segura y presuntiva, de los escritores de su tiempo, incapaces de duda: de sí mismos o de la literatura que habían recibido ya armada.

En Hernández comienza esa "otredad" literaria que ni la vanguardia, ni la pregonada generación del 45, ni los jóvenes que vinieron después, han podido aprovechar. Quizás los niños. Y si ellos tampoco, qué importa, si es una de las características de los escritores jóvenes y sagaces que ha producido este paísito del sur, casi sin darse cuenta.

3

En Cuaquier de Libro

gómez de valle/libros

CORTÁZAR, GARCÍA MÁRQUEZ  
ALTHUSSER, SARTRE, VARGAS  
LLOSA, SIMONE DE BEAUVOIR,  
BARAN, PIERCE, SADE, MARCUSE,  
PACKARD, etc.

TODOS los libros con el 30%

gómez de valle/libros

TEL. 40 45 26  
COLONIA 1743